

Teresa Gómez

Plaza de abastos

Prólogos de Ángeles Mora
y Juan Carlos Rodríguez

f)L Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Vandalia, 106

Director de colección: Jacobo Cortines

Consejo asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque,
Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

Primera edición: octubre, 2022

© Teresa Gómez, 2022

© de los prólogos: Ángeles Mora y herederos de Juan Carlos Rodríguez, 2022

© Fundación José Manuel Lara, 2022

Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia

Diseño: Estudio Manuel Ortiz

Maquetación: Manuel Rosal

Ilustración de cubierta: © José Ruanco, *Desde el mirador de los gatos*

Fotografía de la autora: Joaquín Puga

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Dep. Legal: SE 1697-2022

ISBN: 978-84-19132-03-1

Printed in Spain-Impreso en España

DE UN OCHENTA Y TANTOS CUALQUIERA

ÁNGELES MORA

Une aussi longue absence

MARGUERITE DURAS

En la primavera de 1986 Juan Carlos Rodríguez, que desde la Universidad proyectaba ya su figura mítica (aunque controvertida, sobre todo, creo, porque enseñaba a pensar de otra manera) leyó en el Centro Artístico de Granada unas palabras de presentación para el libro *Plaza de abastos*, recién escrito por Teresa Gómez. Su alegre, sutil, apasionado «Canto a Teresa» –título de la presentación, aquí también recuperada– acompañará esta primera edición de un libro especial. Tan especial que ha tardado cuarenta años en ver la luz.

Aquella presentación, sin duda, significó un público y hermoso reconocimiento que nuestra memoria, pese al tiempo transcurrido, no ha querido borrar. Podría parecer que el viento se llevó sus palabras. Igual que podría parecer que este libro, *Plaza de abastos*, se había quedado para siempre perdido en la oscuridad.

Pero ni una cosa ni otra: en las manos lo tenemos, precedido de aquellas breves palabras llenas de complicidad, cariño y saber que acompañaron la primera lectura pública de un libro que había logrado, aún inédito, crear expectación. Recogía poemas escritos entre 1980 y 1985, en los años en que en Granada nacía y crecía la llamada «Otra sentimentalidad», una de las corrientes que con mayor caudal inundó la poesía española. Todo parecía presagiar que muy pronto esos poemas verían la luz. No fue así. Han

tenido que pasar, como decía, muchos años para que esto ocurra. Pero no podían faltar aquí las palabras que abrieron y acompañaron aquella inolvidable tarde de poesía y amistad.

Yo no quiero tampoco dejar de recordar, ya que recordar es, como dice un conocido bolero, volver a vivir.

Volviendo a vivir, pues, releo este libro ahora y no comprendo cómo su autora pudo dejarlo guardado en un cajón tanto tiempo. Porque es un libro luminoso, seductor. Cuando escribía estos poemas Teresa Gómez era una joven poeta que había destacado ya en algunos recitales y comenzaba a desplegar, se veía venir, su potencia creadora. Era el libro de una voz nueva y muy atractiva que anunciaba un espléndido porvenir poético. Una voz además distinta dentro de la propia «Otra sentimentalidad», una voz de mujer, muy personal. Así era y por eso mismo el libro creó tantas expectativas. Una selección de poemas de este libro acababa de ser premiada por la revista *Olvidos de Granada*, de la Diputación granadina. Todos los augurios eran buenos. Pero por causas seguramente de mezquindades y rivalidades pueblerinas, el primer intento de publicación en una colección de la propia Diputación Provincial, se frustró.

No comprendo, decía, que escondiera un libro que había escrito con tanta pasión como Teresa Gómez pone en sus poemas, pero sí puedo comprender que se sintiera herida y decepcionada al fallarle una edición que se daba por segura. Teresa era muy joven y por entonces no existían tantas posibilidades para publicar como hoy día. Siguió, pues, estudiando, leyendo, trabajando y cultivando su espíritu inquieto con todos los placeres intelectuales que tuvo a bien disfrutar. Y durante un tiempo hasta parecía haberse olvidado de escribir poesía. Aunque el recuerdo de *Plaza de abastos* y la curiosidad acerca de su posible aparición conti-

nuaban vivos en el mundillo literario granadino y algunos de sus poemas seguían pasando de mano en mano.

Pero desde el cajón el libro debía seguir esparciendo su fragancia juvenil. Así que Teresa se convirtió muy pronto en una poeta prácticamente inédita y consagrada al mismo tiempo. Milagros de Santa Teresita de Lisieux, que es la suya.

Aquellos poemas no quedaron del todo castigados, salieron a pasear de vez en cuando en plaquettes o en un precioso cuaderno titulado *Subasta en mi ventana* y también, claro está, en diversas revistas y en el libro *La otra sentimentalidad. Estudio y antología*, editado por Francisco Díaz de Castro. Por otra parte, fue muchas veces invitada a participar en encuentros poéticos. Parece, pues, que el dedo del destino le había marcado una ruta, por más que ella la esté recorriendo a su manera: poco a poco, como decía, pudimos leer algunas significativas muestras de su poesía y Teresa Gómez se fue labrando así un nombre y un reconocimiento que la llevó a publicar en esta misma colección *La espalda de la violinista*.

Ahora bien, *Plaza de abastos* no sale a la calle, entero y verdadero, hasta hoy. Por eso me parece estupenda la nueva acogida que Vandalia le brinda a su poesía.

Resulta, por tanto, creo, muy oportuno que cuando se cumplen cuarenta años del nacimiento de la «Otra sentimentalidad» (cuyas proposiciones compartimos tres mujeres: Teresa Gómez, Inmaculada Mengíbar y yo misma) vea la luz al fin este libro. Y precedido de las palabras pronunciadas para presentarlo en sociedad por Juan Carlos Rodríguez, que, como teórico, estuvo en la base de aquella aventura poética.

Plaza de abastos es un libro de iniciación, podríamos decir, aunque poderoso, llamativo, original. Escrito cuando la autora estudiaba en la Universidad de Granada Filología

Hispánica, tras haber cursado en la Escuela Normal de la misma ciudad estudios de Magisterio. He aquí, pues, un primer libro luminoso de una poeta joven, pero con una muy buena formación a sus espaldas, tanto académica como lectora. Una poeta entusiasta queriendo abrir caminos en el bosque de las palabras y de las ideas. Jugando a colocar en su sitio las casillas que nos llevaran a una razón que quiere ser *otra*. A su manera: con un surrealismo muy vivo y atractivo, en el que veo latir la *otra sentimentalidad*, pero también Alberti, Lorca y sus muchas lecturas, desde Garcilaso a Manrique, pasando por Góngora, Quevedo, Teresa de Jesús, Rosalía de Castro, Bécquer, Juan Ramón, Machado, Kavafis, Rilke, Ángela Figuera Aymerich, Emily Dickinson, etc.

La breve, pero brillante presentación con la que «el maestro» se acercó a este libro para decir mucho y sugerir más, ese «Canto a Teresa» que ella escuchó emocionada, fue un regalo que podemos seguir disfrutando gracias a esta edición. Tuvo lugar, como he dicho, en el Centro Artístico granadino, en un espacio dirigido por el poeta Juan de Loxa, en aquella tarde noche que resultó, al fin, inolvidable. También el conocido y ya histórico programa de radio (*Poesía 70*) que el mismo poeta llevaba en la COPE, dedicó una preciosa sesión de música y poesía a *Plaza de abastos*.

En el mundillo poético granadino *Plaza de abastos* había levantado, por todo esto, repito, bastantes expectativas. Se esperaba su publicación, se esperaba... y parecía que estuviésemos esperando a Godot. Pero no, *Plaza de abastos* llegó. Aquí lo tenemos ya, tan vivo hoy como ayer.

Junio de 2022

CANTO A TERESA
(Acerca de la poesía de Teresa Gómez)

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

Suele decirse, como quizás yo lo he dicho en otra ocasión, que la amistad ofrece una gran ventaja sobre el amor: que no necesita frecuencia. Pero también un tremendo riesgo: el riesgo de la complicidad, que para las cuestiones públicas (y un libro de poesía, se diga lo que se diga, es siempre una cuestión pública) puede resultar desazonante.

Pues bien, quiero asumir esa ventaja y ese riesgo. Yo soy amigo de Teresa, y por eso la estoy presentando aquí, obviamente, aunque nos veamos tan de tarde en tarde que a veces me cuesta trabajo recordar que se apellida Gómez, o aunque a veces nos veamos tanto que luego me cuesta distinguir entre su perfil y su sonrisa. Y asumo el riesgo de la complicidad: pues claro, sí, soy cómplice de Teresa hasta para reírme de su joven neomodernismo (el neomodernismo está condenado por la Iglesia, como se sabe, desde el *Syllabus*) o para ayudarla en cualquier tropezón oscuro de sus más tiernos amores.

Pero hay algo más, mucho más en todo esto: yo, como todos, tengo mis múltiples vicios privados. Pero creo tener al menos un vicio público: mi pasión por la poesía, o sea, mi pasión por la verdad, y por tanto por la verdad poética. En eso, he solido ser implacable y por eso también estoy aquí hablando de la poesía de Teresa Gómez.

Por cuestiones burocráticas y –¿por qué no decirlo?– de mafia editorial este libro, *Plaza de abastos*, no ha podido salir aún a la luz, aunque mucha gente llevamos también mucho

tiempo intentando que, por fin, ustedes lo pudieran tener entre las manos.

Porque Teresa consigue en su poética una maravilla insólita, pero siempre necesaria en cualquier día, y mucho más en los nuestros: *crear una auténtica metafísica del cuerpo*. Con una tristeza indeleble: el cuerpo siempre se va, siempre se escurre de las manos, y no sólo el cuerpo del otro, sino el propio. O como se nos señala en el primer poema del libro:

...yo sostuve en tu cuerpo una formulación de mi pasado.

Nunca supe decirlo:

parecieron fantasmas las luces de la calle
tan cerca de mi forma de estar sola.

Pero el cuerpo sigue ahí, y es tenaz en su continua huida movediza, aun «cuando ya las caricias no dieran para más». Y a pesar de ese canto a la soledad con que el libro termina, una línea de Alberti: «Aquí viene muy bien un verso en blanco». El blanco del cuerpo, su nada, y sin embargo su lustroso *estar ahí*. Perdonen que hable sólo del principio y el fin del libro, los lugares más determinados de un texto, como ya señalaron Spitzer o Dámaso Alonso. No crean que son críticos arqueológicos. Me gustaría que su finura de lectores se hubiera trasladado a muchos de los aparatosos críticos actuales que hablan de teoría estética sin parecer entender nada de lo que dicen bajo el fárrago de su terminología. Quizás precisen una cura de reposo para poder dedicarse a la lectura poética, aunque sólo se atreviesen a leer poemas en antologías –y ojalá que fueran buenas–. De leer poesía es de lo que se trata, y en consecuencia debo ser breve porque el resto lo van a oír ustedes: el medio. Ya conocen el célebre poema dieciochesco en el que el alumno

le pregunta al maestro cómo escribir un buen libro. Y el maestro le contesta, más o menos, que ponga una hermosa frase al principio y una hermosa frase al final. Pero ¿y en el medio?, responde el alumno. Hijo, dice el maestro, en el medio hay que poner talento.

Ese talento lo van a percibir ustedes oyendo *Plaza de abastos* de Teresa Gómez.

A mí me hubiera gustado ser Espronceda para escribir un Canto a Teresa. O quizás me gusta seguir siendo un simple lector para saborear mil veces esa línea increíble de amor que Teresa nos ha dejado escrita: «Te pareces a mí cuando amanezco».

Marzo de 1986



PLAZA DE ABASTOS



A tanta gente querida que, durante años,
me ha pedido que permita a este libro
desvelar su pequeño misterio.

A Chema, que llegó a mi vida enredado
en estos versos –con una estratagema de
soledad perfecta– para dar sentido a los
poemas de amor.